

## PRESENTACIÓN

F. Quesada Sanz (UAM)  
M. Navarro Caballero (CNRS Univ. Bordeaux 3)  
F. Cadiou (Univ. Bordeaux 3)

Este volumen es el resultado de la Mesa Redonda Internacional que tuvo lugar en la Casa de Velázquez los días 22 y 23 de enero del 2009, en el marco de un programa de investigación financiado por l'Agence Nationale de la Recherche (ANR) francesa y titulado : «La guerre et ses traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (III<sup>e</sup>-I<sup>er</sup> s. av. J.-C.)». En dicho programa franco-español participan investigadores de numerosas universidades españolas (Alcalá de Henares, Autónoma y Complutense de Madrid, León, Salamanca, Zaragoza) y francesas (Bordeaux 3, Toulouse 2, Rennes 2). El punto de partida del programa era la problemática de las huellas de la guerra en la Hispania republicana, de ahí que nuestra Primera Mesa Redonda fuera una reflexión sobre la identificación de dichas huellas. Los resultados fueron publicados en 2009 en el n° 8 de la revista *Salduie*, bajo la responsabilidad editorial de F. Cadiou, M. Navarro Caballero y A. Magallón Botaya: *La guerre et ses traces dans la péninsule Ibérique à l'époque de la conquête romaine: approches méthodologiques (Madrid, 23-24 novembre 2007)*, *Salduie*, 8, 2008. Las diversas contribuciones ponían de manifiesto la dificultad de definir arqueológicamente la presencia de una huella de guerra: los indicios de abandono de un yacimiento, los testimonios de presencia militar o, incluso, ciertas atestiguaciones de comportamientos violentos no son suficientes para afirmar la existencia de un conflicto en un yacimiento determinado, ya que dichos elementos son perfectamente susceptibles de haber existido en otros contextos que no sean los guerreros. Evidentemente, los artículos publicados no niegan la posibilidad de detectar la guerra en el registro arqueológico, pero insisten en las precauciones que hay que observar -a menudo ausentes de la bibliografía- a la hora de identificar las huellas directas de los conflictos del pasado.

La reflexión de conjunto iniciada en nuestra primera Mesa Redonda debía prolongarse con una aproximación específica y concreta sobre un tipo particular de huellas, cuya relación con la guerra era, a primera vista, estrecha. En este contexto y dada su naturaleza específica, los *militaria* surgían como el elemento esencial, en particular cuando no han sido hallados en contextos funerarios. El lazo que une la presencia de armas, ofensivas y defensivas, con la guerra y la violencia es evidente y directo. Por definición, las armas son instrumentos destinados a matar y a mutilar o, al contrario, a proteger contra tales riesgos. Están asociadas a los conflictos abiertos, ya se trate de combate, de rapiña o de violencia intra-comunitaria. Consecuentemente, las armas no son sólo un reflejo material de las prácticas de combate, sino que ponen de manifiesto las concepciones guerreras de la sociedad a las que pertenecieron. Más aún, son el símbolo del *status* social de quienes las llevaron, de los que pudieron y a veces debieron ejercer la violencia en nombre de su comunidad o de su grupo social. Por todas estas razones,

la segunda Mesa Redonda del programa fue consagrada a los descubrimientos de elementos de armamento en los yacimientos de época republicana en la Península Ibérica.

«Cómo deben ser interpretados los frecuentes hallazgos de armas de guerra en yacimientos otros que las necrópolis? «Qué datos aportan dichas piezas armamentísticas sobre la naturaleza del yacimiento en cuestión y sobre su historia? Sin contentarse, como tradicionalmente, en la asociación de tales objetos con un suceso bélico, las respuestas a dichas preguntas deben tener en cuenta los discursos transmitidos por las fuentes literarias y los elementos iconográficos, que asocian tales *realia* con la simbología y la jerarquía de las sociedades antiguas.

Entre las once comunicaciones reunidas en la presente publicación, algunas desbordan voluntariamente del marco geográfico y/o cronológico fijado inicialmente en el programa: R. Roure presenta un lote de armas hallado en un nivel de ocupación del III siglo a.C. de un yacimiento situado en el valle inferior el Ródano, en el sur de Francia; A. et S. Wilbers-Rost tratan del dossier emblemático de Kalkriese, identificado como el emplazamiento de la famosa batalla de Teutoburgo del 9 p.C; dos comunicaciones, una de J. Aurrecoechea y otra de C. Fernández Ibáñez, proponen un balance de las piezas de armamento romano halladas en la Península Ibérica y fechadas durante el Alto Imperio. Siguiendo la orientación adoptada ya en el coloquio precedente, con dichas comunicaciones, se trataba de ofrecer a la problemática de la Hispania republicana, elementos de reflexión y de comparación exteriores y cercanos. En general, y para todos los participantes, el coloquio fue dividido en tres ejes de reflexión. Los dos primeros estaban dedicados a la interpretación de los *militaria* descubiertos en el registro arqueológico, distinguiendo, en primer lugar, los establecimientos de hábitat y, en segundo lugar, los campamentos militares, que constituyen los yacimientos de referencia en dichos estudios. El tercer eje prolonga la perspectiva, proponiendo una aproximación más histórica y antropológica: recuerda que las armas manifiestan por sí mismas una significación que, abarcando más allá del uso guerrero, hay que tener en cuenta a la hora de interpretar su descubrimiento.

La primera constatación del coloquio es la siguiente: los descubrimientos de armas en lugares que no sean necrópolis o santuarios son proporcionalmente escasos con respecto a la totalidad de los *militaria* conocidos hasta el momento, tanto en la Península Ibérica (F. Quesada; M. Salinas) como en el resto del mundo mediterráneo (M. Gabaldón). Consecuentemente, no parece sorprendente que algunos descubrimientos recientes y espectaculares, como los de Le Cailar en la Galia meridional, deban ser interpretados como un área sagrada en uso a lo largo del siglo III a.C (R. Roure). En la zona ibérica, dicho desequilibrio aumenta a causa de la desigualdad entre los yacimientos y entre los periodos cronológicos: así, el material hallado en La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia), fechado en la segunda mitad del siglo IV a.C., representa el 16% de las armas halladas en un contexto de hábitat ibérico, lo que permite hacerse una idea de la fragilidad de la documentación que concierne a nuestro programa. También se ha observado como los yacimientos asociados a la presencia más o menos prolongada del ejército romano aportan incluso menos material armamentístico del que se esperaba. Un ejemplo se halla en los descubrimientos depositados por A. Schulten en el museo de Maguncia, exhumados en sus excavaciones en Numancia y Renieblas (M. Luik). Del mismo modo, los elementos conservados muestran el carácter fragmentario de los restos de equipamiento personal, a veces difíciles de identificar, hallados en campamentos de época imperial (J. Aurrecoechea; C. Fernández Ibáñez). Lo mismo sucede con los hallazgos en los campos de batalla. Ciertamente es que el yacimiento de Kalkriese, uno de los pocos de tal naturaleza que desde 1987 ha sido objeto de varias campañas de excavación, ha proporcionado 5000 objetos que pueden ser puestos directamente en relación con el equipamiento de las legiones de Varus (A. et S. Wilbers-Rost). Sin embargo, dicha cifra no cambia la constatación general: la mayoría de los

hallazgos son de pequeño tamaño y presentan un mal estado de conservación. De hecho, A. et S. Wilbers-Rost consideran que la abundancia de tales vestigios se explica en gran medida por el contexto particular de la *clades variana*: la derrota total, lejos de sus bases, de un ejército numeroso y bien equipado. En el polo opuesto, la ausencia casi total de artefactos germanos permite sugerir que los vencedores recuperaron sus muertos y sus heridos, los cuales dejaron así menos huellas, mientras que los objetos romanos corresponden a los que quedaron *in situ*, tras el pillaje de los cadáveres vencidos. Como se observa arqueológicamente a menudo, las que llegan hasta nosotros son esencialmente huellas residuales. Esta afirmación se constata también en los establecimientos militares en contextos de paz: J. Aurrecochea demuestra, a través de su estudio de las armaduras de época imperial, que la gran mayoría de los hallazgos son elementos fuera de uso que debían ser reciclados. Desde tal punto de vista, dicho material presenta analogías con las armas “desfuncionalizadas” que se depositaban frecuentemente en los santuarios por motivos rituales (M. Gabaldón). En los dos casos, la guerra no es sino la tela de fondo de la presencia de tales *militaria*. Consecuentemente, sigue estando vigente la cuestión de la representatividad de dichos depósitos, como también la de la rara presencia de armas halladas en los yacimientos de hábitat ibéricos (F. Quesada).

Cierto, la asociación de tales armas con aquellas halladas en las necrópolis o las que son descritas por los textos o representadas iconográficamente, facilita la elaboración de tipologías (M. Luik; E. Maestro) que permiten, a pesar de la prudencia necesaria ante los límites de la documentación, proponer la restitución de panoplias y de formas de combate para determinados pueblos en determinadas épocas. M. Salinas propone una excelente ilustración para el mundo celtibérico, cuyo elemento central es la existencia de una infantería montada que reflejaba en el campo de batalla la posición social de su aristocracia. Del mismo modo, la comunicación de C. Fernández Ibáñez recapitula las diferentes categorías de armas que, descubiertas en las excavaciones en Herrera de Pisuerga (Palencia), pudieran ser atribuidas a la *legio IIII Macedonica*, aportando así nuevos datos sobre el equipo de los legionarios romanos entre el último tercio del siglo I a.C. y el primer cuarto del I p.C. Por su parte, J. Aurrecochea señala cómo las piezas de *lorica segmentata* halladas en la península Ibérica han permitido afinar la cronología de la adopción de este tipo de coraza tan especial, usada por el ejército romano a partir del cambio de era.

Es necesario insistir en el hecho de que diversos autores manifiestan reservas de peso a la hora de considerar los *militaria* encontrados fuera de contextos funerarios como indicios de que los yacimientos del hallazgo debieran ser asociados directamente a un conflicto, sea cual fuere su naturaleza. Varias pueden ser las explicaciones sobre la presencia de dichas armas: testigo de la destrucción violenta de un yacimiento, reflejo de su vocación militar o indicio de la posesión de armas en las sociedades estudiadas. F. Quesada examina dichas cuestiones a partir de la documentación ibérica. Insiste especialmente en el hecho que la distribución espacial de las armas en los yacimientos ibéricos mejor documentados sugiere un acceso generalizado a la posesión de armas por parte de los hombres libres. Consecuentemente, la naturaleza militar de un yacimiento no se deduce necesariamente de la presencia de armas, incluso si éstas adquieren una forma *a priori* poco común: así, según el mismo autor, la interpretación del Puntal dels Llops como un fortín ibérico de finales del siglo III o de inicios del II a.C. no es indiscutible, a pesar de la rara presencia en dicha excavación de una panoplia completa exhumada en la denominada zona 4. Además, se insiste en el hecho de que es poco probable que la dispersión de las armas en un yacimiento reproduzca una especie de fotografía del propio momento bélico, y esto incluso en el caso de los campos de batalla, como pudiera imaginarse en un principio: como recuerdan A. et S. Wilbers-Rost, en la actualidad, la dispersión de los fragmentos de *militaria* en Kalkriese no puede ser interpretado como un reflejo de las

diferentes fases de la batalla. Consecuentemente, la concentración de dichos elementos ya no se interpreta como un indicio para determinar los lugares donde los combates fueron más intensos. En la actualidad, es posible afirmar que la mayoría de las piezas de armamento y de armas descubiertas en la actualidad no son restos de un combate propiamente dicho, sino sus consecuencias inmediatamente posteriores, en particular del saqueo y del pillaje de los cadáveres por parte de los vencedores. Los autores van incluso hasta reconocer que el único motivo por el que podemos asociar con certeza los objetos hallados en Kalkriese con un campo de batalla y no con un yacimiento romano de naturaleza diversa es porque aparecen en una zona de la que sabemos a ciencia cierta que estaba fuera del control romano en dicha época. Por otra parte, no hay que desestimar la importancia de los procesos post-deposicionales, de los que comenzamos a conocer cada vez más su importancia.

A fin de cuentas, esta segunda Mesa Redonda ha permitido establecer conclusiones que se aproximan en parte a las establecidas en la primera de nuestras reuniones científicas: las huellas directas de los conflictos se atestiguan muy pocas veces o son mucho menos visibles, dada la gestión de los restos tras el acto bélico, que tiende a absorber y hacer desaparecer dichos vestigios. Esta conclusión se confirma incluso cuando las huellas tienen una connotación tan guerrera como las armas y el armamento. Arqueológicamente hablando, la percepción que podemos tener de la guerra como un suceso concreto es bien inferior a la que podemos tener de ella como fenómeno que caracteriza una sociedad. Es altamente significativo que, por ejemplo, podamos hablar de las participaciones de los ejércitos celtibéricos en las operaciones militares de finales del siglo II a.C. a través de la presencia de armas en los reversos de monedas con caballero ibérico (F. López Sánchez). Además, las representaciones de escudos en otras monedas invitan a reflexionar sobre diversas cuestiones de memoria e identidad locales (M. P. García-Bellido) más que al propio desarrollo de los conflictos militares. La iconografía de la cerámica ibérica decorada con escenas figuradas, estudiada en Aragón por E. Maestro, muestra ante todo el prestigio social que representaba el manejo de las armas. Esta dimensión simbólica del armamento justifica que los testimonios indirectos de la guerra sean los más numerosos. Entre ellos, los trofeos, el botín o los depósitos rituales son los hallazgos que permiten comprender más a menudo la relación de las sociedades antiguas con la guerra.

No podemos terminar este prólogo sin volver a agradecer su presencia al conjunto de los participantes en esta Mesa Redonda, a la ANR por su sostén financiero, así como a la institución, la Casa de Velázquez, que ha acogido por segunda vez consecutiva un encuentro científico de nuestro programa, participando en gran medida en su buen desarrollo. Nuestro más sincero agradecimiento va dirigido a su director, el Dr. Jean-Pierre Etievre, así como a su director de estudios de la sección de Historia Antigua y Medieval, el Dr. Daniel Baloup.